



ÁNGEL GONZÁLEZ,
poeta del tiempo

■ Juan Cruz

Ángel González en Cádiz, mayo de 2006. Fotografía de Gonzalo Höhr



La última vez que estuve con Ángel González fue en Oviedo, una noche. Habíamos hablado del tiempo, es decir, de su infancia, de su adolescencia. Fue niño en la guerra, adolescente y joven en la posguerra, y todo lo que vino luego fue tiempo añadido, melancolía de aquellos años. Y eso está en la poesía de Ángel González, en toda su poesía, y en su libro póstumo, *Nada grave*, con el que Susana Rivera, su mujer, y sus amigos Luis García Montero y Chus Visor prolongaron su vida de poeta público, de escritor que entrega su piel a la imprenta.

En aquel encuentro nocturno de Oviedo él tenía un propósito y yo tenía otro. Yo era lo que soy, un periodista, y quería retratarle en aquellos años de aprendizaje, cuáles eran sus sitios, cómo eran esos lugares que constituyeron su geografía infantil y adolescente. Eso es lo que yo quería que me dijera; llegó al hotel a la hora en punto, en el atardecer nocturno de Oviedo, envuelto en una de sus chaquetas de colores ásperos, como si se abrigara también con el tiempo, y me expresó su cansancio, su escepticismo, su falta de interés por lo que íbamos a hacer y, en general, su desinterés por casi todo.

Esa falta de interés fue creciendo en la vida; primero, por la muerte sucesiva de sus amigos del alma, esa devastación implacable que una vez le hizo decir, en otra entrevista: "Se me adelgaza el futuro". Después, porque la lejanía que impuso la vida administrativa (él jubilado; Susana obligada a cumplir con sus compromisos académicos en Estados Unidos), le proporcionó periodos de tristeza que no calmaban ni las amenidades de las noches, su estación más deseada.



Claro que no siempre estuvo Ángel tan melancólico ni tan triste como aquella noche que le vimos en Oviedo, ni siquiera ese día estuvo siempre azotado por los síntomas de la devastación. Por la mañana le habían hecho doctor *honoris causa* de su universidad, a mediodía le habían rendido homenaje sus amigos de antes y de ahora y también los de siempre, y todo conspiraba para que él se sintiera feliz y agasajado. Y en el pasado, muchos lo vimos muchas noches alegre y feliz, y cantando y bailando, y bebiendo y riendo, y escribiendo esos versos llenos de ironía nutritiva y sarcástica que constituyen, en este libro también, los zarpazos de su mejor poesía crítica y/o humorística.

Ese Ángel alegre era, sobre todo, un poeta musical, sus versos estaban *obligados* por el ritmo de su memoria, y le representaban tan bien como le representaron, después, sus poemas más melancólicos o, como los últimos que se dieron a conocer y que están en *Nada grave* (Colección Palabra Mayor, Visor), en los que Ángel González tacha toda esperanza. Y la esperanza, es decir, su ausencia, es la materia prima de su poesía. La esperanza tachada, el tiempo que vence.

Aquella noche me contó los orígenes de sus versos, que están en la contemplación infinita (nunca abandonó esa atalaya difícil que le proporcionó la vida al principio) de la devastación que produjo en la guerra civil, y que a él le estalló, prácticamente, en las manos, en la familia y en el vecindario. Ese poema, *Para que yo me llame Ángel González*, que en definitiva representa el emblema autobiográfico de su razón de vivir, no es la retórica invocación de una pesadilla o de una vida; él fue, en efecto, el hijo herido de su tiempo, y representa como nadie, en esos versos, el dolor de una época, que ya iba a ser el dolor de la vida.

Esa noche me habló de todas esas cosas, de las que están, en definitiva, en sus versos; ya escribía poco, o eso decía. Tenía en un ordenador viejo los poemas que luego le rescató Bernardo Marín, su amigo periodista cibernético, para la edición póstuma de *Nada grave*, pero él no quería escribir más, ya lo había dicho todo, y además le daba pereza tomar la pluma para contar desesperanzas. Su salud flaqueaba desde hacía tiempo; una vez, sentado con Julio Llamazares y conmigo para ver por televisión un partido de fútbol, una ocupación que le distraía -como le distrajo sobremanera encontrarse con Joaquín Sabina, con Benjamín Prado y con otros poetas menesterosos, como él mismo decía-, nos desgranó la retahíla de sus dolencias; no exactamente de las dolencias que él sentía, porque a veces no las sentía, sino

aquellas sobre las que le había avisado el médico. Parecía un milagro que aquel hombre siguiera vivo.

Y seguía, enjuto como un verso suyo, melancólico pero aún vital; narró aquellas declaraciones sobre su infancia y sobre su adolescencia, y luego se vino a cenar a una sidrería en la que le prepararon su plato favorito, una merluza a la sidra, que comió lentamente. Unos días después supimos que le habían hospitalizado; él nos pidió que no fuéramos al hospital, que saldría en seguida, y nos lo rogó con la voz potente. Susana nos dijo que esa voz se había apagado abruptamente, cuando él ya había anunciado, esa misma noche, que al día siguiente podría fumar de nuevo, “no se les ocurra venir”.

Ahora que me han pedido que cuente por qué habría que leer y releer a Ángel González, he vuelto a aquella tarde y a aquella noche y pienso que aquel día entero en Oviedo es como un prólogo final, un epílogo realmente, a su poesía completa; es decir, a la crónica entera de su vida. Ángel escribió hablando y callando; leer sus versos es escucharle a él también en silencio, ensimismado, con su cigarrillo en la mano, pidiendo un poco más de hielo y de noche.